

“*El Norte* periódico de la ciudad de Chihuahua, refiriéndose á mi artículo, «Salarios en México,» que publiqué en *The North American Review* correspondiente al mes de Enero, y en el cual hice constar que el salario de los trabajadores del campo, es de 18¾ cts á 25 cts. como maximun, dice que no es así, sino que al contrario, ese Estado es probablemente uno de los de México, en que se pagan mejores sueldos, tanto á los trabajadores del campo, como á toda clase de operarios en general. El jornal de los trabajadores en las labores agrícolas, dice *El Norte*, varía desde 37½ centavos como minimum hasta dos pesos, que es lo que ganan los vaqueros que tienen acémila propia. Dice también que, desde la llegada del ferrocarril, el precio de los salarios en general, sobre todo el de las clases más pobres, subió notablemente, y esa alza se ha mantenido más bien con tendencias á elevarse que á bajar.

Los albañiles, por ejemplo, ganan ínfimamente un peso veinticinco centavos al día, y un maestro albañil percibe tres pesos diarios; difícilmente se consigue un criado para el servicio doméstico por menos de diez pesos mensuales, aparte de la alimentación, y en esa misma escala se paga á los demás trabajadores.”

Los datos que yo publiqué me fueron suministrados por empleados del Gobierno de México, quienes han procurado obtener los mejores informes sobre este asunto, manifestando el término medio de jornales en los diversos cantones de los Estados; pero si estos jornales son más altos en Chihuahua, esa circunstancia viene a dar más fuerza á los razonamientos contenidos en mi artículo.

Para confirmar los datos contenidos en mi artículo, citaré una lista de precios corrientes de productos de México, que apareció en el «Diario Oficial» del Gobierno federal de México, correspondiente al 15 de Diciembre de 1891, el precio de la fanega de maíz, (la cual equivale á dos bushels más ó menos) en diferentes partes del país.

Tepic (Territorio de Tepic).....	\$	1	87
Guadalajara (Jalisco).....	\$	2.25	á 2 50
Cuatzingo (México).....		3	50
Allende (Chihuahua).....		4	50
Alamos (Sonora).....		6	50
Culiacán (Sinaloa).....		11	00

Esta marcada diferencia se nota en los precios de otros granos y productos, como frijol, garbanzo, trigo, cebada, lo cual se debe á las diferentes condiciones de cada localidad, y más especialmente á la abundancia ó escasez de lluvias, lo cual naturalmente afecta las cosechas, y también la dificultad en las comunicaciones, que hacen muy costosos los fletes. Los precios serían más uniformes, por ejemplo, si se pudiesen trasportar con fletes bajos, de los lugares donde abundan dichos productos á donde las cosechas han sido escasas ó se hayan perdido. Este estado de cosas sin embargo, demuestra las oportunidades que México presenta para los hombres de negocios.

—M. Romero.

IV.

BANQUETE DADO EN NUEVA YORK

POR EL SR. WALTER S. LOGAN

EN HONOR DE MEXICO.

INTRODUCCION.

El Sr. Walter S. Logan, abogado distinguido de Nueva York, me invitó para asistir á un banquete, en honor de México, en que se proponía reunir á personas muy distinguidas, de aquella ciudad. No creí que debía rehusar esa invitación, porque, entre otros motivos, me proporcionaba la oportunidad de hacer presentes ante la opinión pública de aquel país consideraciones importantes respecto de las garantías que México ofrece á la inversión de capitales, seguro como estaba yo de que lo que dijera en aquella ocasión encontraría eco en Europa. No pude lograr, sin embargo, que Mr. Logan prescindiera de su propósito de dar á ese banquete un carácter personal; pero como éste se ofrecía al Ministro de México y no á mí personalmente, creí que no debía insistir en las objeciones que expuse á Mr. Logan con el fin de hacerle modificar su propósito.

El banquete no dejó nada que desear, por lo que hace á la posición política y social de los caballeros que concurrieron á él, y á los discursos que en el mismo se pronunciaron. Mr. Logan imprimió todos estos en un cuaderno que publicó, en inglés, bajo el título de «Una noche en México» (A Mexican night). Siento que no me sea posible insertar aquí la traducción al español de todos esos discursos, porque esto requeriría más espacio del que puedo disponer en este volumen. Me limitaré á consignar, por lo mismo, los discursos de Mr. Logan y Mr. Fiske, y la alocución que yo pronuncié, en ese banquete.

Como se notará al leer estos discursos, el Sr. Logan incurrió en el suyo en algunos errores, disculpables en quien como él está poco versado en la historia de México; pero además de que no eran esenciales, me pareció que siendo yo su invitado, no me tocaba rectificarlos, pues creí que habría sido de muy mal gusto de mi parte que al contestar los cumplimientos de mi anfitrión, hiciera yo resaltar, ante sus otros convidados, las equivocaciones que había cometido.

Insertaré también los comentarios que se hicieron á mi alocución por la prensa de los Estados Unidos, que le fueron unánimemente favorables, y al fin los que se le hicieron en México, que aunque pocos, no tuvieron ese carácter.

LISTA DE LOS CONVIDADOS AL BANQUETE.

Dr. Lyman Abbott	Hon. C. T. Driscoll.
Mr. Charles Frederick Adams	Mr. Frank J. Dupignac.
Mr. Lawrence D. Alexander	Hon. Dorman B. Eaton.
Mr. E. Ellery Anderson	Col. M. V. B. Edgerly.
Hon. John H. V. Arnold	Mr. Walter Edwards.
Hon. William H. Arnoux	Mr. George Cary Eggleston.
Mr. Edward G. Bailey	Mr. Rudolph Eickemeyer.
Mr. Peter T. Barlow	Hon. Smith Ely.
Hon. Hiram Barney	Mr. William T. Emmett.
Mr. Henry W. Bean	Mr. J. Rockwell Fay.
Hon. Henry R. Beekman	Mr. Charles S. Findlay.
Hon. James D. Bell	Prof. John Fiske.
Mr. William L. Bennett	Dr. Austin Flint.
Sr. Don Nicanor Bolet-Peraza.	Mr. Roger Foster.
Capt. E. C. Bowen	Mr. A. B. de Frece.
Mr. Cephas Brainerd	Señor Don José G. García.
Mr. George W. Bramwell	Capt. Hugh R. Garden.
Mr. Eugene V. Brewster	Mr. William J. Gardner.
Mr. H. L. Bridgman	Mr. James C. Goddard.
Mr. Isaac H. Bromley	Rev. John C. Goddard.
Hon. William L. Brown	Mr. Walter L. Goddard.
Mr. Charles H. Brush	Hon. E. L. Godkin.
Dr. Joseph D. Bryant	Mr. Antonio C. González.
Mr. Walter C. Cady	Mr. Frank C. Hatch.
Mr. John C. Calhoun	Mr. Frederick H. Hatch.
Sr. D. Joaquín Bernardo Calvo	Mr. John R. Hatch.
Hon. Charles J. Canda	Mr. Marx E. Harby.
Hon. Alfred C. Chapin	Hon. William F. Harity.
Hon. Norton P. Chase.	Mr. Burton N. Harrison.
Hon. L. E. Chittenden.	Hon. Michael D. Harter.
Mr. Gardner K. Clark Jr.	Mr. Henry W. Hayden.
Mr. Salter S. Clark.	Hon. Joseph C. Hendrix.
Mr. Charles W. Coleman.	Hon. Abram S. Hewitt.
Hon. Alfred R. Conkling.	Mr. Thomas B. Hewitt.
Mr. Charles A. Coombs.	Mr. Stephen R. Hewlett.
Mr. Magrane Coxe.	Mr. John R. Howard.
Hon. J. Sergeant Cram.	Mr. Edward C. Hulbert.
Mr. Thomas D. Crimmins.	Mr. Collis P. Huntington.
Hon. William E. Curtis.	Hon. Thomas L. James.
Hon. Noah Davis.	Mr. George W. Kenyon.
Mr. Charles W. Dayton.	Mr. John D. Kernan.
Mr. Lewis L. Delafield.	Hon. Jonh Jay Knox.
Mr. Clarence Deming.	Mr. Gilbert D. Lamb.
Mr. Charles M. Demond.	Col. Daniel S. Lamont.
Mr. Rhineland Dillon.	Hon. Jefferson M. Levy.
Mr. Augustus T. Docharty.	Mr. Herbert H. Logan.
Hon Daniel Dougherty.	Mr. Grosvenor P. Lowrey.

Mr. Hart Lyman.	Mr. John C. Sheehan.
Hon. W. Gordon McCabe.	Hon. Nelson Smith.
Mr. Walter L. McCorkle.	Mr. Santiago Smithers.
Mr. St. Clair McCelway.	Mr. Henry B. Stapler.
Gen. James McLeer.	Mr. Lucius P. Starr.
Mr. James F. Merriam.	Mr. Simon Sterne.
Prof. John B. Moore.	Dr. George T. Stevens.
Mr. Rollin M. Morgan.	Mr. John Stewart.
Hon. Samuel D. Morris.	Mr. Albert Stickney.
Hon. Theodore W. Myers.	Hon. W. E. D. Stokes.
Hon. Juan Navarro.	Mr. Isidor Straus.
Hon. Henry L. Nelson.	Hon. Oscar S. Straus.
Mr. Emmet R. Olcott.	Hon. John A. Taylor.
Mr. A. C. Palmer.	Mr. Henry T. Thomas.
Mr. George F. Parker.	Mr. Daniel G. Thompson.
Mr. Wheeler H. Peckham.	Mr. Hamilton B. Tompkins.
Hon. James J. Phelan.	Prof. George A. Treadwell.
Mr. Charles E. Phelps.	Hon. W. L. Trenholm.
Hon. Orlando B. Potter.	Hon. John R. Voorhis.
Mr. Louis Prang.	Mr. Arthur E. Walradt.
Hon. Roger A. Pryor.	Mr. J. Langdon Ward.
Mr. George Haven Putnam.	Hon. Jonh DeWitt Warner.
Mr. John E. Risley.	Hon. Bartow S. Weeks.
Mr. Oliver H. K. Risley.	Prof. Arthur M. Wheeler.
Hon. Ellis H. Roberts.	Hon. Everett P. Wheeler.
Señor Don Matías Romero.	Hon. Andrew D. White.
Hon. Horace Russell.	Hon. Horace White.
Mr. Louis H. Scott.	Mr. T. C. Woodward.
Mr. George H. Sexton.	Mr. Willis H. Young.

A. DISCURSOS

PRONUNCIADOS EN EL BANQUETE DEL SR. LOGAN

"EL CREADOR DE UNA NACION"

POR WALTER S. LOGAN.

Nosotros, los que hablamos en idioma inglés, acostumbramos vanagloriarnos de la superior habilidad, que respecto de otras naciones de Europa, poseemos, para fundar colonias y establecer Estados civilizados en nuevos países, y por mucho tiempo, el tema honroso y favorito de nuestros discursos el 4 de Julio, ha sido el probar esa pretendida superioridad, mediante la comparación de la civilización inglesa con la española, en el Continente que Colón descubrió.

Muy lejos estoy de querer deprimir las virtudes de mis propios antepasados, ó las glorias de mi propia raza, ni menos recortar,

por modo alguno, las alas del águila con que acostumbramos elevarnos á tan grandes alturas; pero yo creo que el asunto presenta dos faces, y es mi propósito en esta noche hablaros algo de una de ellas. Nuestros puritanos y nuestros caballeros bien merecen los elogios que en cada 4 de Julio y en cada 22 de Noviembre se les consagran, y siento orgullo porque la sangre de unos y otros corre mezclada por mis venas. Empero, el hidalgo español y el padre jesuita, que ocuparon tan prominente lugar entre las influencias civilizadoras en la parte meridional de nuestro Continente, tienen también sus méritos y virtudes inconcusas, y el español, puestos sus esfuerzos en este Continente en comparación con los del inglés, no tiene por qué sonrojarse del resultado.

Los colonos ingleses y españoles tuvieron al llegar á este nuevo mundo que hacer frente á los pueblos indígenas que lo habitaban y que lo poseían, pues suya era entonces esta tierra, tanto como hoy es nuestra. Sus títulos de propiedad sobre ella eran tan buenos como los del Inglés sobre Inglaterra ó los del Español sobre España. El Inglés, lo mismo que el Español, quería adueñarse de las tierras y riquezas del país á que vino; pero para lograr ese objeto, el uno y el otro adoptaron diverso sistema. El Inglés mataba al indígena, y sin más trámite se apropiaba todos sus derechos: El Español obraba de distinta manera, pues trataba de civilizarlo y hacerlo cristiano, al menos en cierto modo. Es verdad que tanto Cortés como Pizarro consumaron terribles matanzas, y que no podemos disculpar ni el asesinato de los Incas ni el trato que se dió á Moctezuma; pero yo hablo aquí en términos generales, y en tal concepto, la verdad es que el Español, en vez de matar á los indios, les comunicaba sus creencias y su civilización: de modo que en su sistema de tratarlos hacía por excepción lo que el Inglés efectuaba habitualmente. El carácter de la civilización y el género de cristianismo que el Español impartía al indígena, se prestan hoy á censuras de nuestra parte; pero el hecho es que tal civilización era indudablemente superior y las nuevas creencias, más elevadas que las que el Indio había hasta entonces disfrutado. Dirigiendo una mirada retrospectiva, nosotros podríamos ahora no considerarlas como un ideal; pero tal como eran, daban un resultado menos aciago que el sepulcro á que nuestros antepasados acostumbraban despachar á los infortunados aborígenes. En México, actualmente, una tercera parte de la total población está compuesta de descendientes de sangre, sin mezcla, de las razas que Cortés encontró á su llegada, y las tres cuartas partes del resto llevan en sus venas más ó menos cantidad de la misma. En el territorio en que hoy rige la jurisdicción de los Estados Unidos, menos de un medio por ciento de la población es de raza indígena, y las dos terceras partes de esa cantidad se encuentra en aquella porción del país que originalmente se hallaba bajo la dominación de los Españoles. En México existe hoy mayor población, de antepasados indígenas, que la que había en tiempo de los Moctezuma. En nuestro país, más del noventa y cinco por ciento de las tribus aborígenes han sido completamente destruidas. Si el matar

es una noble virtud y la destreza para la matanza constituye un supremo mérito, entonces nuestra raza es acreedora á los más altos honores; pero si el civilizar y el transmitir una creencia religiosa es procedimiento más recomendable, entonces el sistema del Español debe ser colocado á más grande altura. (Aplausos).

Nosotros nos vanagloriamos por el hecho de que venimos á América un siglo después que el Español, y de que establecimos el primer Gobierno popular un siglo antes. Esto es verdad; pero los españoles salvaron la vida é hicieron cristianos á los habitantes primitivos del país, y con ellos echaron las bases de su civilización, en tanto que una estela de sangre y de cadáveres marcaba nuestros pasos en este suelo, y que fundábamos la nuestra sobre los sepulcros de nuestras víctimas. Es más fácil matar que salvar; pero tales condiciones no pueden reputarse como virtudes, de que pudiera jactarse nuestro orgullo nacional.

Tenemos también la costumbre de preconizar la superioridad de nuestra religión respecto de la del Español. Lejos estoy de decir nada en descrédito de la fé de la que me dió el ser, ó de mis puritanos antepasados, pero hay algo que alegar en favor de las creencias que el Español trajo consigo al nuevo mundo.

La diferencia entre las creencias religiosas del Puritano y las del Español, en mi juicio no es otra que la que existe entre el egoísmo y el altruismo.

En lo que atañera á la salvación de su alma, el puritano era el más precavido de los mortales. (Risas). Tratándose de cualquier acto ó de cualquier modo de vivir, que reputara como un peligro para su vida eterna, era lo más escrupuloso posible; pero rara vez se desvelaba por cuenta de los pecados de su vecino, ni de lo que á éste esperase en la otra vida. En tanto que considerara que había de contar para sí con un departamento fresco y confortable en la otra vida, la cuestión de la temperatura de los que pudieran tocar á sus prójimos era únicamente de un carácter filosófico y especulativo, cuyo estudio jamás llegaba á perturbar su propia tranquilidad y bienestar. Su religión, pues, era una convicción meramente intelectual, en que el corazón no tenía el menor participio.

La iglesia que el español trajo consigo á este continente era una institución altruista: el objeto de sus adeptos era la salvación de almas (no solo las propias sino también las de todos) y por mucho que pueda censurarse la mezquindad de ideas en sus dogmas ó la severidad de su sistema disciplinario, no puede dejar de reconocerse que jamás se han dado ejemplos de abnegación y desprendimiento, de consagración del mas puro altruismo en favor de la humanidad y de un propósito incondicional de hacerle beneficios y salvarla, como los que han puesto en práctica los misioneros de Jesús, quienes renunciando á toda condición de bienestar y á todo goce de la vida civilizada, y dejando tras de sí todo lo que de mas caro tenían en este mundo, llevando sus vidas en las manos, penetraban en las montañas y atravesaban los desiertos, por enmedio de bestias feroces y de seres humanos aún mas feroces, para fundar

sus misiones, sus iglesias y sus escuelas en los mas remotos rincones del continente, cuyo acceso le abrían las armas españolas. Como producto meramente intelectual, la iglesia española de aquellos tiempos hace la mas triste figura en la historia, su lógica y ratiocinios eran por demas pueriles y falaces, de modo que sus efectos para con el hombre pensador debían ser muy débiles. Empero, como la creación de una fuerza moral, su éxito fué inmenso: como elemento de vida, ó como estímulo de pacientes esfuerzos por la redención de la humanidad, ó como una combinación altruista, fué ciertamente grandiosa. [Aplausos.]

Ambas razas, el inglés como el español, han practicado en intensa escala la guerra de religiones. El fuego ha hecho destrozos, lo mismo en Smithfield que en las plazas de Madrid, y nosotros, en Massachussets, hemos ahorcado á nuestras brujas lo mismo que en Méjico despedazaban sus víctimas en el vil garrote: pero con esta diferencia, que nuestras persecuciones tenían por base la política, en tanto que las de los mexicanos obedecían al fanatismo religioso. Nosotros quemábamos, ahorcábamos ó apuñaleábamos por deshacernos de rivales importunos: los españoles por el anhelo de la salvación de las almas. Quemábamos nosotros á las gentes porque las odiábamos, y ellos porque las amaban. Cuando contemplamos el pasado á la luz de las modernas convicciones no podemos dejar de calificar esas persecuciones en todos los casos como inmensamente atroces; pero si tomamos en consideración sus motivos, juzgo que es nuestra raza la que mas tiene que temer de un juicio sobre su pasado en el continente americano.

Por lo que toca á la sinceridad de la fe del español, no cabe abrigar la menor duda: su creencia de que solo en el seno de su iglesia puede alcanzarse la salvación y futura felicidad de las almas, es incontrastable: para el español, solo la profesión de la fe católica y la fiel observancia de sus litúrgicos preceptos bastan para salvar el alma humana de los tormentos en la otra vida. A la luz de tal fe y creencias, el *auto de fe* se convertía en un acto de benevolencia, pues que lo absurdo de aquellas, en nada afectaba la calidad moral de éste.

Para el español, la religión era la vida misma: su iglesia ante todo; despues su gobierno y su patria. El móvil primordial del envío de colonos á América era la propaganda de su fe religiosa, y el retornar á la patria con oro y toda clase de riquezas para su rey, así fuera el producto del robo, ocupaba en su ánimo un lugar secundario. La vieja España era gobernada entonces por mano despótica: su rey como ciego instrumento de la iglesia católica, y en calidad de lugar-teniente del Todopoderoso podía hacer todo y cuanto se le antojara, seguro de la servil sumisión de su pueblo. Pero si ese mismo déspota hubiera osado, por un momento, alzar la mano en contra de esa iglesia, habría sido arrojado de su trono, en una partícula del tiempo que nuestros antepasados gastaron en deshacerse de un Carlos I ó un Jacobo II. Para el español los padecimientos en este mundo eran la prenda segura de la gloria eter-

na: y según su fe, si fué pobre en la tierra, á fuerza había de ser rico en el cielo, y si en general fué aquí infortunado, tenía que ser bienaventurado allá. En todo lo concerniente á este mundo, á todo era capaz de someterse; pero si lo ofendíais por modo alguno en sus creencias y en su fe en la vida futura, podíais estar seguro de despertar en él las iras de un león. Por su fe y su iglesia estaba siempre dispuesto á combatir contra todos los poderes de la tierra y las furias del infierno, su rey y amo inclusive, consumando en la lucha prodigios de valor y temeridad.

En nuestra raza, al contrario, la fe religiosa siempre ha estado subordinada al pensamiento político: en la iglesia siempre ha predominado el espíritu de secta, como en la política, el de partido. Nuestro pueblo se ha hecho católico ó protestante, puritano, presbiteriano ó quáquero, tanto en razón de que perteneciera al partido político de alguna de esas denominaciones, cuanto porque dependiera de alguna de esas formas especiales de culto, ó creyera que su dogma era el requisito de la salvación de sus almas: y quemaba y perseguía á otros por el hecho de ver en ellos enemigos sectarios ó políticos. Tales persecuciones no obedecían á un sentimiento benévolo, sino al contrario, al de un odio sangriento. En el número, las víctimas de la Inquisición española excedieron con mucho á las de las venganzas entre ingleses: no sería exagerado decir que por cada víctima de las persecuciones inglesas, se cuenta un millar de las devoradas por aquella odiosa institución. Y sin embargo, cuando los verdugos de una y otra raza se sometan al eterno juicio, que más excudriñará el corazón que impulsaba, que mirará á la mano que consumaba, tal vez señalará más severas penas para él que, en su iniquidad fué impulsado por innobles motivos para el que hizo mayor número de víctimas, ofuscado por el fanatismo.

La diferencia que á ambas religiones caracteriza, parece haber producido en nuestro continente el resultado que era de esperarse. La fe puritana, por esencia egoísta, no alcanzaba gran éxito entre los aborígenes por medio de sus misioneros, y en consecuencia el indio cristianizado entre nosotros era más bien por una excepción, que como regla: la religión del español, que como altruista habla más al corazón que á la inteligencia, y que constituye más un método de vida que un dogma filosófico, daba elementos á los suyos para hacer en el sencillo espíritu del indígena una impresión más favorable y eficaz. Su propaganda entre las tribus del hombre rojo tuvo pues que ser mucho más rápida, y el resultado fué que bajo los auspicios del oriflama español, se vieron pronto agrupadas naciones enteras de aborígenes cristianizados.

El dominio de la España sobre Méjico duró desde 1520 hasta 1820, 300 años: el del inglés sobre la parte norte de nuestro continente sólo se mantuvo durante ciento cincuenta años escasos, desde 1620 hasta 1775, Méjico, pues, necesitó doble tiempo que nosotros para conquistar su independencia, pero esto no quiere decir que fuéramos nosotros más aptos para alcanzar ese bien que los mexicanos, porque las condiciones de uno y otro pueblo eran muy

diversas: se requiere mucho más tiempo para reponer un edificio viejo que para construir uno nuevo, y también reclama aquella operación, mayor suma de inteligencia en el arquitecto que la segunda. Aquí en nuestro suelo, no hicimos esfuerzo alguno en el sentido de mejorar, reparar ó utilizar la civilización que encontramos, y simplemente nos dedicamos á destruirla, y sobre ella construir una enteramente nueva, en tanto que en México, no se pensó jamás en la destrucción de las razas aborígenes, y al contrario, no se perdonó esfuerzo para salvarlas y hacerlas mejor. Los españoles llevaron á aquel país sus misioneros, y convertían al cristianismo á sus primitivos habitantes, enseñándoles los medios y arbitrios de la civilización, elevándolos á un género superior de vida, y en tal misión y sus esfuerzos, alcanzaron tal éxito, que uno de los más esclarecidos patriotas y más ilustres personalidades de la última generación, BENITO JUAREZ, no fué sino un indio de raza pura, sin gota de sangre europea en sus venas.

Diez años después de nuestra revolución de Independencia, y de habernos sacudido del yugo inglés, nosotros luchamos todavía por el establecimiento de un Gobierno estable: el que abrigue alguna duda sobre el hecho de ese período de diez años que fué todo de anarquía y desgobierno, y sembrado de peligros y tenebrosos temores respecto del porvenir, no tiene más que leer la obra del profesor Fiske, «El Período Crítico,» para disiparla por completo.

México vino á alcanzar el éxito de su lucha por la Independencia, hasta 1821, aun cuando la España no se la reconociera hasta 1836: pero en cuanto á establecer un Gobierno estable, eficaz y capaz de llenar la verdadera misión de tal, no ha podido lograrlo hasta el advenimiento de la Administración de PORFIRIO DIAZ, que se inauguró en el año de 1876, por lo cual pudiéramos con cierta propiedad decir, que el «período crítico» de México tuvo una duración de cincuenta años, en tanto que el nuestro sólo fué de diez.

Empero, de lo que antecede no debe deducirse que nuestros hombres de Estado eran cinco veces más aptos que los de México para establecer su gobierno de un modo permanente, por la misma razón de la diversidad de condiciones de una y otra nación. Los cuatro millones de habitantes con que contaba nuestro país, al terminar su guerra de independencia, eran todos de origen europeo, de antepasados y hábitos civilizados: la sangre de las mejores razas de la vieja Europa circulaba en las venas de nuestro pueblo, de modo que el fundar un estado con tal elemento se reducía á la erección de un edificio sobre cimientos ya echados, con materiales ya preparados y con los mejores arquitectos y los más diestros operarios á la mano. Por contraste; de los 10 millones que México contaba de población en 1820, más de la mitad no era de raza europea, y apenas si un diez por ciento de ese número era de exclusivo origen europeo, es decir, que esa población no contaba con anteriores generaciones cultas ó educadas, ni que estuvieran habituadas á pensar, obrar ó vivir en sociedad entre sí: era pues, simplemente una muchedumbre humana, heterogénea y sin refinamiento alguno. El

único lazo de unión entre los miembros de ella era la iglesia, pero la iglesia altruista que ya he descrito, la iglesia de héroes y tradiciones heroicas, la iglesia de adeptos que trabajaban y sufrían más que el resto de los humanos para cumplir con la misión de salvar almas; y en fin, una iglesia la más adecuada á las condiciones de los neófitos que se encontraron en el antiguo México, con todo y que era una instrucción calculada para coartar el libre pensamiento, que nunca produjo inteligencias elevadas y realmente no se conciliaba con las condiciones de una alta civilización. La principal y única lección que esa iglesia administraba á sus discípulos era la *resignación*, por contraste con el *descontento* que es el mejor guía hacia el progreso. Para fundar un Estado con tales elementos, se requería construir desde los cimientos, preparar todos los materiales necesarios, educar previamente los arquitectos y enseñar á los trabajadores: no es pues extraño que esa nación tardara, después de conquistada su independencia, cinco veces más que nosotros en la faena de establecer un gobierno efectivo.

Por tanto, me parece que el mérito de los mexicanos al haberlo establecido, aunque sea con una dilación de medio siglo, tomando en cuenta los inconvenientes peculiares con que tuvieron que luchar para ello, fué mucho mayor que el nuestro.

Llegamos al año de 1876. Hacía cien años, que la Declaración de nuestra Independencia fuera el resultado natural de las batallas de Lexington y Bunker Hill. Ochenta años ha, JORGE WASHINGTON completaba su segundo período presidencial y establecía el Gobierno de nuestro país sobre las sólidas bases en que hoy descansa.

En ese año de 1876 celebramos en FILADELFIA el centenario de nuestra existencia nacional, y toda Europa y el mundo entero vino á tomar participio en nuestro regocijo: todos los pueblos de la tierra tenían fijos sus ojos en nosotros. ¡Cuán inmenso era el orgullo de que nos sentíamos poseídos por la obra que habíamos consumado en cien años!

Era también el año de 1876 en México. PORFIRIO DIAZ fué electo en ese año por la primera vez, Presidente de la República Mexicana. Era el hombre á quien México buscaba entonces, como nosotros buscábamos á Washington cien años antes.

PORFIRIO DIAZ era un mexicano modelo. JUÁREZ había sido un hombre de Estado y un patriota que tendrá un eterno puesto de honor en la historia: pero JUÁREZ era un indio de sangre pura, en quien ni una elevada cultura personal y la más esmerada educación pudieron jamás extinguir por completo los resabios del carácter indígena: en las épocas de lucha llegaba á la altura de los más esforzados soldados; y sólo en la hora del triunfo daba á conocer sus debilidades naturales.

DIAZ fué también grande en los combates: al lado de JUÁREZ fué soldado de la guerra de Reforma, y más adelante ambos condujeron las huestes mexicanas á la lucha en contra del enemigo extranjero, y en suma, participó con aquel de la gloria del triunfo final sobre el Imperio de Maximiliano. En las luchas internas posterior-

res, DIAZ se condujo también con distinción, y como soldado, no tiene en su hoja de servicios la más leve mancha. La guerra había ya terminado: ni un solo enemigo extranjero hollaba con su planta el suelo mexicano, y las luchas internas habían también cesado. La paz reinaba en toda la extensión del país, y DIAZ fué pacíficamente exaltado á la primera magistratura de la República. ¿Llegará acaso á ser como nuestro Washington inmensamente grande en la guerra, pero más grande aun en la paz? ¿será como aquel, tan apto para construir como lo fuera para destruir? De la solución de esta pregunta depende la suerte de México.

Trescientos ochenta años y algo más, habían transcurrido desde que Colón hizo el descubrimiento de América, y trescientos cincuenta desde que Cortés venció á Moctezuma y sometiera el Imperio azteca á la corona de España. Durante trescientos años en los períodos mencionados, México fué gobernado por virreyes españoles, algunos de entre ellos, buenos, algunos malos, muy pocos hombres de gran talla, y la mayor parte ineptos; pero todos, aun los mejores y más distinguidos, ciegos instrumentos de un sistema de gobierno tan inconveniente, que hacía imposible todo progreso en el país sometido á su férula. Durante otro período de diez años, México estuvo envuelto en los horrores de su lucha por independencia de su metrópolis, y durante otros cincuenta, se vió despedazada por sus guerras internas ó la invasión extranjera. En cierta época, la capital de la República se vió en poder de los soldados de los Estados Unidos, y en otra, ocupada por los ejércitos de la Francia, siendo en todas, el campo de batalla habitual de sus bandos políticos. Hacía, pues, como sesenta y seis años, durante los cuales México no supo lo que fuera una hora de paz y en que su erario nacional estuvo siempre en bancarrota. El pueblo entero ya sólo se educaba para soldado, y nada más; y durante el curso de muchos años fué casi imposible el desarrollo de la más insignificante industria, pues que los que debieran haber aprendido el uso del arado ú otras herramientas útiles, sólo sabían el manejo del sable; los que podían haber sido productores sólo habían aprendido á destruir, y los que debieran haber dedicado sus esfuerzos al enriquecimiento de su país, no sabían más que emplear los medios para consumir su ruina. Su riqueza pública llegó, en consecuencia, á verse casi agotada: vivía con el día, y hubo momento en que era cuestionable si la nación había de desaparecer ó no por completo.

Empero, siempre se apercibía en el horizonte de México una vislumbre de esperanza. El país poseía un suelo y clima cual sea de apetecerse en la tierra, y una cadena de montañas de origen volcánico, que atravesándolo en toda extensión, contiene en su seno la riqueza mineral más poderosa del globo. Pobre, pues, como estaba, al respecto de riquezas acumuladas, poseía los elementos positivos de prodigiosa opulencia, para un porvenir cercano.

PORFIRIO DIAZ nació en el Estado de Oaxaca, en la parte meridional de la República mexicana. Su educación primera fué para el foro, y en cierta época de su juventud se dedicaba á las prácticas

jurídicas; pero en las condiciones del país en aquella época, un hombre de su inteligencia y energía no podía encontrar otra esfera de acción más adecuada que la de las armas, en vez de la del pacífico ejercicio de las prácticas forenses; las más importantes controversias, por aquel entonces, no eran para ser resueltas en los estrados de una corte judicial, sino más bien en los campos de batalla. En la lucha que precedió á la derrota completa del partido clerical y la adopción de la Constitución de 1857, DIAZ, aunque muy joven todavía, era uno de los más notables colaboradores del gran JUAREZ. En la guerra posterior en contra de la intervención francesa, DIAZ, después de JUAREZ, fué el que más contribuyó á la victoria que derrocó al yugo extranjero, y en la elección para Presidente de la República, que tuvo lugar inmediatamente después de esa guerra, parece que DIAZ obtuvo la mayoría de los votos de sus conciudadanos, y que JUAREZ, que tenía el poder en sus manos, fué quien hizo el cómputo de aquellos. (*Risas.*) En la lucha interior que se inició entonces, DIAZ se mantuvo siempre del lado de la Constitución del país, combatiendo por el orden legal; era, como dejo dicho, un mexicano modelo. En su sangre circulaban mezcladas las del europeo y del indio, de lo cual resulta la verdadera raza mexicana, de que DIAZ es uno de los más selectos y nobles tipos. El libertador de México tenía que haber sido ni indio puro ni europeo, sino un mexicano: tan mexicano, como Washington virginiano.

Hace ya quince años desde que Porfirio Díaz fué por la primera vez electo Presidente de la República Mexicana y durante todo ese tiempo, con excepción de cuatro años, se ha mantenido en el puesto: ha dado, pues, á su país quince años de paz. Durante ese largo período de tiempo ya no ha vuelto á ocurrir una sola batalla en el suelo de México, si se exceptúa uno que otro tiroteo con los apaches ó los yaquis y de tarde en tarde alguna reyerta entre bandidos y soldados, que por cierto no merecen la clasificación de batallas.

Quince años há, México sólo contaba con 280 millas de ferrocarril: hoy tiene 4,700 en explotación. Quince años há el erario nacional de México se hallaba en completa bancarrota y no tenía ingresos seguros: hoy sus condiciones financieras son muy satisfactorias, sus impuestos recaudados con perfecta regularidad, sus rentas sumando cien millones de pesos y en el último año arrojando un sobrante respecto de los gastos públicos. De todas partes afluyen hoy capitales á la República. Sus minas, sus bosques y sus campos de labor se encuentran hoy en plena producción, y en consecuencia, se está haciendo una tierra favorita para los capitalistas de empresa. Durante el período mencionado, en todas partes de la República se han creado escuelas, haciéndose todo esfuerzo para dar á sus hijos una completa y sistemática educación. Prevalece aún alguna ignorancia, superstición y debilidad de aptitudes intelectuales en las masas del pueblo mexicano; pero la generación que ya viene será indudablemente superior en todo respecto á la que le ha precedido, y podemos con razón esperar que cada una de las venideras será superior á su predecesora. La marcha de la civiliza-